

# Un probable artículo de Lorca sobre Omar Jayyam

Omar Jayyam ejerció, indudablemente, una potente influencia sobre el joven Lorca. En los primeros versos del primer poema del granadino (según su hermano Francisco) —se trata de la composición «Canción. Ensueño y confusión», fechada 29 de junio de 1917<sup>1</sup>— ya aparece una alusión al férvido cantor del vino y del placer del momento:

Fue una noche plena de lujuria  
Noche de oro en Oriente ancestral  
Noche de besos, de luz y caricias  
Noche encarnada de tul pasional  
Sobre tu cuerpo había penas y rosas  
Tus ojos eran la muerte y el mar  
¡Tu boca! Tus labios. Tu nuca. Tu cuello  
Y yo como la sombra de un antiguo Omar<sup>2</sup>...

En otro poema de la *juvenilia*, aún inédito, «La gran balada del vino», fechada 14 de marzo de 1918, Lorca apostrofa, a lo largo de 236 versos, a los «pálidos bebedores de la sangre divina» y les recomienda que oigan atentamente la «canción de neblina» que llora Omar Jayyam en la lejanía<sup>3</sup>, mientras, en la prosa, también inédita, «Mística en que se trata del dolor que vendrá», casi seguramente del año 1917, encontramos acerca del autor de las Rubaiyyat el siguiente comentario: «Toda la eternidad es un dolor. Por eso resalta sobre la historia de los mundos la maravillosa copa de Omar-al-Khayyam y de sus espíritus amigos, sostenida por las admirables manos del gran borracho del vino doloroso».<sup>4</sup>

Como se sabe, en su conferencia de 1922 sobre el «cante jondo», Lorca encuentra una «gran afinidad», en su forma de tratar el tema del vino, entre los siguiriyeros andaluces y los poetas orientales. «Cantan ambos grupos —asegura— el vino claro, el vino quitapenas que recuerda a los labios de las muchachas, el vino alegre, tan lejos del espantoso vino Baudelairiano»,<sup>5</sup> Y luego cita una copla en la cual ve personificados «a todos los verdaderos poetas andaluces»:

Yo me llamo Curro Pulla  
por la tierra y por el mar;  
y en la puerta de la tasca  
la piedra fundamental.

<sup>1</sup> Francisco García Lorca. Federico y su mundo, edición y prólogo de Mario Hernández, Alianza, Madrid, 2a. ed., 1981, p. 162.

<sup>2</sup> El poema se reproduce completo en el apéndice documental a la tesis doctoral de Eutimio Martín, Federico García Lorca, heterodoxo y mártir. Análisis y proyección de la «juvenilia» inédita, Université de Montpellier Paul Valéry, 1984, de donde lo tomamos para incluirlo en nuestra biografía Federico García Lorca. 1. De Fuente Vaqueros a Nueva York (1898-1929). Grijalbo, Barcelona, 1985, pp. 215-217.

<sup>3</sup> Eutimio Martín, op. cit.

<sup>4</sup> Ibid.

<sup>5</sup> Federico García Lorca. Obras completas. Recopilación, cronología, bibliografía y notas de Arturo del Hoyo, 2 vols., Aguilar, Madrid, 20a. ed., 1978. Esta cita, II, p. 1022.

Estos versos, en opinión de Lorca, «constituyen el mayor elogio del vino que se oye en los cantares de este Curro Pulla». Y sigue el conferenciante:

Como el maravilloso Omar Kayyam sabía aquello de

Se acabará mi querer,  
se acabará mi llorar,  
se acabará mi tormento  
y todo se acabará.

Coloca sobre su frente la corona de rosas del instante y mirando en el vaso lleno de néctar, ve correrse una estrella en el fondo... Y como el grandioso lírico de Nishapur, siente a la vida como un tablero de ajedrez.<sup>6</sup>

Gracias a Manuel Fernández-Montesinos García, sobrino del poeta, tenemos detalles del ejemplar de Omar Jayyam manejado por Lorca. Se trata de la segunda edición, corregida y ampliada, de la traducción del argentino Carlos Muzzio Sáenz-Peña, con prólogo de Rubén Darío, prefacio de Alvaro Melián Lafinur, ilustraciones de G. López Naguil e introducción del traductor. El libro fue editado por Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, Príncipe 16, Madrid, y, según el colofón, se imprimió en 1916. La hoja de título lleva la firma «F. García» y, debajo de esta, la fecha: «Noviembre - 1917./ 23.» La portada ostenta un sello de la librería Prieto de Granada, donde tenía cuenta el poeta, y puede suponerse que la fecha corresponde a la de compra.

Manuel Fernández-Montesinos ha indicado que el poeta destacó a lápiz, en su ejemplar del libro, los siguientes rubaiyatín:

N.º XII: «Dame vino entonces, ese remedio para mi corazón herido, buen compañero para aquellos a quienes el amor ha engañado; mi espíritu prefiere la embriaguez y sus mentiras a la bóveda del cielo, que es simplemente el cráneo del mundo».

N.º XX: «Tanta generosidad, al empezar, tanta ternura ¿por qué? El haberme regalado con delicias y caricias ¿por qué? Pero ahora tu único desecho es desgarrar mi corazón ¿Qué te hice yo? Otra vez aún... ¿por qué?»

N.º XXVIII: «Aquello que la pluma escribió no se cambiará jamás: desolarse es caer en una profunda tristeza, pues, sufriendo, ni aún se añade una gota más a la angustia».

N.º LIII: «Unas gotas de vino rubí, un pedazo de pan, un libro de versos... y tú, en un lugar solitario, vale más ¡mucho más! que el imperio de un Sultán».

N.º LIV: «¡Ay de aquellos corazones donde la pasión no existe! Que no sienten el hechizo del amor, que es la alegría de la juventud. El día de tu existencia que pasas sin amar es el más inútil de tu vida».

N.º LVIII: «Y no huyáis del vino, pues con él desaparecen las preocupaciones de las sesenta y dos sectas. Id en busca del alquimista que con un trago transformara en oro el tosco hierro de vuestra vida».

N.º LXVIII: «Mi venida no fue de ningún beneficio para la esfera celeste; mi partida no disminuirá su belleza ni esplendor, y sin embargo, jamás he sabido el porqué de esa venida ni el porqué de esa partida».

N.º LXX: «Jamás he pensado que el cielo fuese un lugar de reposo; tanto he llorado, que mis lágrimas han apagado mis ojos; y el infierno no es sino leve chispa comparado a las angustias de mi alma».

N.º CXI: «Sabe que de tu alma serás separado y que pasarás detrás de la cortina que guarda los secretos de Dios. Sé feliz... tú no sabes de dónde has venido... ¡bebe vino!... tú no sabes a dónde irás».

Creemos de interés señalar que, de los nueve rubaiyatín destacados por Federico —y cuya

<sup>6</sup> Ibid.

<sup>7</sup> Manuel Fernández-Montesinos García, Descripción de la biblioteca de Federico García Lorca (catálogo y estudio), tesina para la licenciatura presentada en la Universidad Complutense, Madrid, 13 de septiembre de 1985. Le agradecemos al Sr. Fernández-Montesinos el haber puesto a nuestra disposición esta muy importante contribución a los estudios lorquianos. Hay en la Biblioteca Nacional, Madrid, un ejemplar de la misma edición de Omar Jayyam, signatura 1/75850.

temática se vincula estrechamente con la de la *juvenilia* lorquiana—, tres son citados por Rubén en su prólogo a la edición de Omar Jayyam en posesión del granadino, prólogo que apareció por vez primera, según nota añadida al final del mismo, en *La Nación*, de Buenos Aires, en 21 de agosto de 1914.

Lorca tenía con algunos colaboradores de la efímera revista decenal granadina *Letras* (octubre 1917-marzo 1918) una relación amistosa —con, por ejemplo, José María Guarnido, Constantino Ruiz Carnero e Ismael González de la Serna— y allí publicaría dos artículos: «Impresiones de viaje: Santiago» (10 de diciembre de 1917) y «Impresiones de viaje. II. Baeza: la ciudad» (30 de diciembre de 1917), recogidos por nosotros y el primero de los cuales en las *Obras completas* de Aguilar. Desde hacía tiempo, antes de conocer el estudio de Manuel Fernández-Montesinos, nos había parecido probable que el artículo aparecido el 30 de octubre de 1917 en *Letras*, titulado «Comentarios a Omar Kayyam» y firmado «Abu-Abd-Alah», fuera también de Lorca, sugiriendo tal autoría, además del estilo y contenido del escrito, la dedicatoria del mismo («Para mi querido amigo Lorenzo Martínez Fuset»), que recuerda la del capítulo «Albayzin» de *Impresiones y paisajes*: «Lorenzo Martínez Fuset, gran amigo y compañero». <sup>8</sup> Martínez Fuset fue, en estas fechas, fervoroso admirador de Lorca, a quien había conocido en Baeza en 1916 y enredado en las mallas de una copiosa relación epistolar. <sup>9</sup>

Hoy, a la luz de la *juvenilia* inédita del poeta (que hemos podido leer gracias a la tesis de Eutimio Martín, que la incluye en apéndice), así como a la del ejemplar de Omar Jayyam que manejaba Lorca, parece mucho más fundada la adscripción a Federico de este artículo sobre el poeta oriental. Habría que subrayar, además, que el anónimo autor de los «Comentarios a Omar Kayyam» conocía indudablemente la edición de que vamos hablando. Al final de su trabajo dice, dirigiéndose al autor de los Rubaiyyat: «Eres un poeta egregio, como te llama Rubén, que estas muy lejos de la multitud». Rubén había escrito en su prólogo: «Quien no haya gustado de otras traducciones o versiones del maravilloso mago Omar-al-Khayyam, podrá tener en las páginas de este libro una excelente lectura del poema original del egregio astrónomo y poeta de la India» (el subrayado es mío). Hasta que no se publique dicha *juvenilia* no será posible hacer la metódica comparación estilística y conceptual necesaria para fundamentar nuestra hipótesis, aunque cualquier conocedor del primer Lorca ya publicado tiene hoy un material considerable con el cual trabajar en este sentido. He aquí, sin más, el artículo que nos ocupa.

Ian Gibson

<sup>8</sup> *Obras completas* (véase nota 5), I, p. 911.

<sup>9</sup> *Inédita. Las cartas de Lorca a Martínez Fuset se han perdido, según la familia de éste (véase nuestra biografía del poeta, I, p. 118), pero las de Fuset al poeta se encuentran en el archivo de la Fundación García Lorca. Serán publicadas próximamente por el profesor Christopher Maurer, con toda la demás correspondencia dirigida a Lorca.*

## Comentarios a Omar Kayyam

Para mi querido amigo  
Lorenzo Martínez Fuset

Ayer, un sol se abrió delante de mis ojos. Medité sobre el presente. El pasado es la maravilla de la muerte. El porvenir, ¡ah!, el porvenir. Amor y dolor sobre el cristal de lo increado. Oí la voz de Isaías, el divino meloso del consuelo. El león comerá paja como el buey, y el lobo besará al cordero. Pero la vida es el presente. ¿Qué nos importa lo que pasó y lo que vendrá? ¿Cuándo lloramos? Ahora. ¿Cuándo gozamos? Ahora. ¿Cuándo morimos? Ahora. ¡Ah, magnífico y lejano Omar Kayyam que quisiste ser piedra preciosa en el vino de tu espíritu! ¡Ah, brumoso mago de la indecisión dolorosa y agradable! ¿Qué miraste en el vino? ¿Qué mundo interior vivías al amarlo? Indudablemente tu panteísmo religioso manaba de tu infinita contemplación de las cosas. Todas las cosas tienen alma si logran producirnos emoción. El vino posee en sus colores aristocráticos un alma de verdad y de amor. Si hay negruras por los fondos de la noche, el vino las borrará. Omar, el místico de la vaguedad, penetró en los secretos ocultos del vino más que ningún otro hombre, supo ver la belleza de la borrachera de espíritu y licor... y lo contaba fastuoso. En el campo, sobre el césped, tomad el vino de rubí, escanciado por la amada. Y dice que pensaba en el cielo...

Cuando poseemos alma grande —cosa tan desusada en nuestros días— y podemos sobreponerla a toda bajeza de la carne, si se *[falta palabra]* su espíritu divino, si tomamos vino, sentimos dentro de nuestra alma los efluvios del amor, del amor gigante, del amor hacia nada y hacia todo. Y aquel momento estaremos llenos de belleza. La belleza es un instante. El vino escanciado en las copas de nuestros corazones y modulado en las escalas maravillosas de nuestros sentimientos, nos da seguramente la visión exacta de nuestro existir. ¡Amor! Mucho amor. Respeto de todas las posiciones de existencia. ¿Qué importa que unos hombres clamen los castigos eternos, además del castigo de vivir? ¿Qué importa que nos atropellen las ideas? Si pudiéramos contemplarnos en nuestras intimidades, quizá nos amaríamos todos. Pero existen desgraciadamente las posiciones de filosofía. Los hombres al nacer, ya están escritos en cualquiera de ellas, y siguen la mayoría hasta la muerte, defendiéndolas sin saber lo que defienden. ¿Dónde está la verdad? ¿Que encierra en sí la maltratada pasión de la fe? Y nacen los odios y los desamores, y la muerte. Y llegan los hombres a destruirse unos a otros en contra de sus mismas creencias. ¡Ah, si a todos ellos en la noche de sus pesares les hablara al oído el espíritu del por qué! Seguramente escanciarían todos el vino de su amor en la copa de la humanidad. ¿Por qué el castigo de la eternidad con toda esta desolación de nuestros sufrimientos? ¡Divino y espiritual Omar de Nishapur, tú viste a los hombres luchando amarrados con el ayer y el mañana y clamaste el triunfo de hoy! Tú contemplaste al mundo con su mar de confusión y dijiste admirable: «¡Hoy! ¡Hoy! traedme vino y los labios de la amada. Las rosas son las flores de las flores, en ellas está el vino de perfume. Hoy, hoy. Ya viene la noche pero enciendo mi antorcha de vino y de pasión». Y eras el que viste la abrumadora verdad de hoy. ¡Cómo no, majestuoso visionario del color del rubí! Hoy es la vida. Los años son hoy. El pasado es el hoy muerto. El porvenir es el hoy que vendrá. Siempre estamos en el hoy.

¡Magnífico oriental con esplendor de luna! ¡No ves que los hombres no podemos concebir la eternidad por la eternidad? Cuando pensamos en la gloria del alma, lo hacemos adivinando su hoy eterno. Cuando aspiramos a la inmortalidad, lo hacemos por el hoy que su pensamiento nos produce. Lo único grande que poseemos los hombres es la imaginación y ella es la que produce en nosotros el consuelo por el hoy eterno. El hombre es siempre un presente. ¡Ah, infinito borracho de placer sereno! Adivinaste en el vino su presente de amor y bruma crepuscular. ¡Ah, rarísimo aspirador de los perfumes de las nubes! Viste las



*Khayyám en reposo.* Oleo del artista Nasser Ovissi

cabalgatas de las filosofías y abriste la puerta dorada de tu hoy infinito. Tú le diste su verdadero sentido al vino. Tu pueblo, el más genial de todos precisamente por ser hijo de la imaginación espléndida, tiene prohibido tragar las copas del licor mortal.

Mahoma fue un maravilloso genio que supo leer vuestros corazones. Y así como inventó la eterna bienaventuranza de la carne para que lo amarais por encima de todas las cosas, os prohibió el vino para que lo aborrecierais con toda vuestra alma. El sabía que el vino es el gran destructor de sistemas religiosos... y más caía en vuestros pechos, tan pasionales, tan ardientes, tan desbordados... Desde luego todo esto se ha de considerar como el vino obrando sobre espíritus... porque el vino sobre la carne... no tiene razón de ser.

Baudelaire llama al vino el segundo hijo del Sol. Tú, Omar Kayyam, lo llamas lo único, lo verdadero... Los poetas aman al vino por el vino. Tú por el vino te amas a tí... seguramente, y tú mismo lo dices en tus lamentaciones. El pueblo fanático te despreciaba, pero llorabas en la borrachera: «¿qué hago yo?» Eso es. «¿Qué hago yo?», claman los quijotes que recorren los caminos, sin aventuras porque el desprecio de los demás las quitó. «¿Qué hago yo?», gritan los feos, los que nacieron deformes y espantosos, pero con alma superior. «¿Qué hago yo?», aúllan las cárceles a una sola voz. «¿Qué hago yo?», suspiran los idiotas y los débiles. «¿Qué hacemos nosotros?», exclaman los pueblos al destrozarse. Por el fondo llegó la tramoja, los sistemas, los sentimentalismos y tú, Omar Kayyam, pecador de espiritualidad, dijiste: —¡Vino! ¡Vino!... y entraste en un reino superior. ¡Oh maravilloso oriental con resplandor de luna! En las profundidades de nuestros pensamientos te quisiéramos imitar... pero estamos sujetos a las realidades de la vida, amargados de sus tonterías, pero siguiendo sus abrumadores senderos...

Fuiste misericordioso en extremo, porque te consideraste uno de tantos en esta rueda sin fin.

Los hombres tienen el gran defecto de considerarse superiores a las obras de los hombres grandes.

Por eso te despreciaron, Omar. Ya ves, después que tú han seguido despreciando. Luego, los siglos lavan manchas, pero ya es otra humanidad desligada carnalmente de las que pasaron. Los personajes que rodearon a D. Quijote le compadecieron superiores. Y lo mismo pasó con Segismundo y con Hamlet y con Werter...

Siempre lo grande produce en nosotros el abismo de la incomprensión momentánea.

Derramaste sobre la tierra vino para que saciara las angustias de los enamorados que fueron, que dormían sobre el polvo.

Las flores extravagantes, los palacios, los colores de tu país y el vino, te marchitaron de pura juventud...

Tienes visiones de jardines perdidos y de colores de inquietud. Dices y afirmas cosas que producen emociones rarísimas, bienhechores. Eres un poeta egregio, como te llama Rubén, que estás muy lejos de la multitud.

**Abu-Abd-Alah**